dos por los ministros de la iglesia y ahora también lo son, si se halla alguno, porque la Santa Inquisición aún no conoce en los indios destos casos. Pero por mucho que el demonio se esforzó en aquellos tiempos, Jesucristo lo desterró del reino que aquí poseía; y donde antes todos eran suyos ahora aun no hay endemoniados como los hay en otras partes. Y aunque hubo nigrománticos que encantaban a muchos, y hechiceros que mataban a otros y hacían otros daños, no pudieron empecer a los cristianos; y espantados desto decían que los que habían venido eran xochmilca, que así llamaban a los mil sabios encantadores, y los ídolos nunca más les dieron respuestas. Una cosa notable acaeció, cuando se puso el Santísimo Sacramento en Mexico, y fue que un volcán muy alto, que justamente con otra muy alta sierra, cerca dél, suelen estar nevados mucha parte del año (como en otra parte hemos dicho) echaba mucho humo y muy continuamente cesó de echarlo desde entonces, por espacio de casi veinte años, y después volvió a echarlo, no sé si quiso Dios dar a entender, por aquel modo, que así como cesaba por entonces aquel humo en aquel volcán, así cesaban las idolatrías, y que las almas que hasta entonces se desaparecían como el humo, no siendo dignas de Dios por sus pecados, ya se hacían de su gremio, por la gracia que en los sacramentos de su iglesia se les comunicaba. Pero dejando esta alegoría digo, que ya ha muchos años que deja de echar humo, como entonces sucedió, cuya causa natural decimos en otra parte.

CAPÍTULO XVII. *De los primeros religiosos de la orden del gloriosísimo padre Santo Domingo que vinieron a estas indianas tierras a evangelizar la palabra de Dios, movidos con el celo de la conversión destos indios*

ASE DIOS EN EL GOBIERNO DESTE UNIVERSO, como los reyes y monarcas del mundo en sus reinos y monarquías, que con solicitud y cuidado velan de noche y trabajan de día, despachando cédulas y nombrando personas, para la mejor disposición y concierto de sus potentados y señoríos, porque, como señor que es universal de todo, no menos están las cosas en lo presente a su divino y general cuidado, que lo estuvieron en los tiempos pasados, desde la creación del hombre; porque tan suyos somos ahora como lo fueron entonces, y aun muy más particulares hijos los que hemos merecido nacer, después de su venida al mundo; porque, aunque es verdad que todos lo son y que en la fe de Jesucristo todos somos salvos, hay diferencia en tenerla nosotros ahora clara y explícita a la que hubo antes de su santo advenimiento. Y aunque los dolores de Christo eran profetizados entonces, no al menos los había pasado en su persona, y así no sabía dellos por experiencia, como ahora lo sabe, y hijos de dolores suelen ser muy estimados y queridos; y esto se ve en el parto de Raquel, que pariendo a Benjamín (de cuyo parto murió) le llamó Benoni, que quiere decir hijo de dolor, porque le costaba la muerte; aunque después le dio el

padre nombre de Benjamín. De manera que por ser hijo de dolores fue querido de su padre, con cuyo nacimiento perdió Jacob la mujer y ella la vida. Pues no es mucho que las gentes idólatras, que viven vida muerta sin Dios y entregados a los embelecos y astucias de Satanás, sean buscados de Jesucristo, como hijos de dolores, por los cuales se puso en una cruz y murió en ella por salvarlos; y que para esto, no pudiendo por su propria persona en el estado mortal que vivió, acuda como rey y monarca, como hacen los que lo son del mundo, a aprovecharse de ministros y criados que sirvan oficio de embajadores que lleven su nombre por toda la tierra, donde su conocimiento falta y su ley no es entendida, y su santo servicio es ignorado. Y como una de las tierras que más necesidad ha tenido, por el más tiempo que ha sido ignorada, es esta desta Nueva España, por eso el padre de las misericordias y Dios de toda consolación, viendo que a su divina providencia convenía, y a su celestial y soberano cuidado estaba cometido y dado el bien y provecho destas almas, dispuso, cuando más convino, la entrada destos reinos y escogió por primeros embajadores de su venida y entrada en ellos a los hijos de mi glorioso padre San Francisco (como ya hemos dicho); pero porque la obra era grande y el ministerio mucho y los obreros pocos, movió los corazones de los religiosos de la orden del glorioso padre Santo Domingo para que viniesen con el mismo fin y celo, siendo segundos mensajeros del alto rey soberano, que por su parte y con obras de santa vida lo predicasen y diesen a conocer a los que les cupo por suerte.

Estos benditos religiosos llegaron a esta ciudad de Mexico el año de mil y quinientos y veinte y seis, vigilia del glorioso precursor San Juan Baptista; y no es poco de notar saber el día que entran, que es en el del precursor que vino al mundo a dar las nuevas de la entrada del redemptor y universal salvador de las gentes, como anunciando en su llegada la que Christo señor nuestro hacía espiritualmente en sus almas, sacándolas del penoso captiverio de Satanás y malicia tiránica suya.

Fuéronse a hospedar al convento de San Francisco, donde a la sazón era guardián y custodio el santo fray Martín de Valencia, el cual los recibió y trató con mucha caridad, y estuvieron allí hasta que tuvieron casa para su morada, cuyo caudillo y prelado fue el padre fray Tomás Ortiz. El cual había sido antes vicario de el monasterio de Chiribichi, que cae en una de las provincias que habían descubierto los primeros españoles que vivían en las poblaciones del descubrimiento de La Española y Cuba. El cual convento asolaron después los indios, por causa de un desconcierto y mal tratamiento que hizo el capitán Ojeda (como en otra parte se dice) y mataron allí dos religiosos de la misma orden, y este dicho padre escapó de esta refriega, por causa de hallarse ausente; y vuelto a España, y sabiendo el nuevo descubrimiento de esta tierra, negoció con su orden la vuelta a ella con frailes; y trajo en su compañía, de las provincias de España, siete compañeros, cuyos nombres son fray Vicente de Santa María, fray Tomás de Berlanga, fray Domingo de Sotomayor, fray Pedro de Santa María y fray Justo de Santo Domingo. Todos sacerdotes muy religiosos, y fray Gonzalo Lucero, diácono, y fray Bartolomé de Calzadilla, lego.

Estos compañeros sacó de España este venerable prelado; pero como venía a obra tan heroica y a hacer guerra a un tan poderoso enemigo, como es el demonio, que tan de asiento se reconocía señor destas gentes, parecíale tener necesidad de soldados tan valerosos que pudiesen hacer rostro y vencer a tan poderoso enemigo; por lo cual sabiendo que en la Isla Española estaba el santo fray Domingo de Betanzos, hombre insigne y de prendas para esta jornada, ganó licencia de su prelado general para traerle consigo, si acaso el venerable varón quisiese acompañarle en la jornada. Diósela luego que llegó a la isla, y pareciéndole que era voluntad de Dios que viniese a esta Nueva España, lo cual conoció porque le enviaban sin pedirlo, no dudó el deseoso siervo suyo de hacerlo, pareciéndole que era mucha la necesidad de la viña y pocos los obreros della; y así vino con otros tres compañeros que se le juntaron, los cuales fueron fray Diego Ruiz, fray Pedro Zambrano, sacerdotes, y fray Vicente de las Casas, que aún era novicio; de suerte que ya cuando llegaron a esta ciudad, eran por todos doce. Haciendo Dios (que es cabeza de todo apostolado) que este segundo que elegía, de la orden de el padre Santo Domingo, fuese en número de doce, para que se conociese que esta obra era toda suya.

Como venían trabajados del largo y penoso camino, enfermaron los más de ellos, de los cuales murieron en aquel mismo año los cinco, y casi le siguieron el vicario fray Tomás Ortiz, fray Pedro Zambrano, fray Diego Ramírez y fray Alonso de las Vírgenes, si luego el año siguiente, que fue de 27, no se volvieran a España. Por lo cual quedaron solos, el santo fray Domingo de Betanzos, sacerdote y padre primero desta nueva iglesia (de los hijos del glorioso patriarca Santo Domingo) que quiso Dios que un tan santo y célebre varón, plantase la parte de fe que le había cabido en herencia y parte al modo y manera de la mucha perfección y santidad que le había comunicado; con el cual se quedaron fray Gonzalo Lucero, diácono, y fray Vicente de las Casas, que era profeso y acólito.

Tomó casa este santo varón y prelado, donde es ahora la Inquisición, aunque poco después se pasaron al sitio que ahora tienen, y comenzó a recebir novicios; los cuales criaba con los dos profesos en mucha religión y santidad. Pero como se veía solo con ellos y la contingencia de morirse y la necesidad en que los dejaba y el daño que pudiera causar su ausencia, acudió al santo fray Martín, que era guardián del convento de San Francisco, pidiéndolo que si sucediese (como era muy posible) que Nuestro Señor lo llevase de esta vida, que se encargase de sus novicios y gente moza que tenía, que quedaba huérfana; y que les enviase un sacerdote que les digese misa y cuidase de aquella su santa casa, hasta que Nuestro Señor enviase frailes de su orden, de España. Aceptó el partido y concierto el bendito guardián, aunque con mucho deseo de no verse en ocasión de cumplir aquella palabra, en lance para todos de tanta pérdida como la que se temía en el concierto; pero hízolo Dios mejor, que guardó por entonces y muchos años después al bendito padre, que tan cuidadoso andaba del bien de sus hijos.

A esto favoreció la vuelta de España del padre fray Vicente de Santa

María, con otros seis religiosos; y con su llegada tuvieron Capítulo, el cual fue electo en vicario general de aquella pequeña y religiosa grey. Fue este padre insigne predicador y fundó la casa de Mexico en el sitio que ahora tiene, aunque al presente más sumptuosa, de muy buen edificio y solemne iglesia, pero desgraciada en la estabilidad y firmeza del suelo, como las demás.

Vinieron tercera vez religiosos de La Española, con autoridad de su Capítulo General, para sujetar a los de Mexico a la isla, y por provincial fray Tomás de Berlanga (que después fue obispo de Panamá) y un prior y subprior para la casa de Mexico, y fueron todos los que vinieron en número veinte y dos. Movido el venerable varón fray Domingo de Betanzos de esta novedad, fue sobre el caso a Roma y negoció que esta Nueva España fuese provincia de por sí, segregada y divisa de la sujeción de La Española, y llamáronla de Santiago; y así duró poco la sujeción en que habían sido puestos a la obediencia de la isla de Santo Domingo. A la vuelta trajo consigo el padre Betanzos algunos religiosos de Castilla, y entre ellos al padre fray Tomás de San Juan, el cual instituyó en Mexico (y donde quiera que estuvo) la devota cofradía de Nuestra Señora del Rosario; y dejó el dicho padre amasado en España, que viniese por vicario general (como luego tras dél vino) el maestro fray Domingo de la Cruz, varón de mucha santidad y letras; entonces vinieron, el presentado fray Andrés de Moguer, fray Pedro de la Peña, que fue obispo de Quito, en el Pirú, fray Pedro de Feria, obispo que fue de Chiapa, fray Bernardo de Alburquerque, obispo que fue de Guajaca, que por su mucha virtud, habiendo sido primero fraile lego, estudió y vino a ser provincial de esta provincia de Mexico y después obispo; y a dicho de todos los que lo conocieron, fraile santo y obispo santo. Después déstos vinieron otros muchos religiosos, que en su historia nombra el padre fray Domingo de la Anunciación, y refiere el obispo fray Agustín Dávila, en la corónica de su orden. El cual padre Anunciación, es digno de memoria que los conoció a todos, y siendo muy buena lengua mexicana, trabajó con los indios apostólicamente y no dudo de que goza ahora del fruto de sus trabajos en el cielo.

Las primeras casas que fundaron estos padres en pueblos de españoles, fueron Mexico, la ciudad de los Ángeles y Guajaca; también tomaron casas en Pánuco, en Guatzacualco y en la Veracruz, aunque estas tres después las dejaron. Pero en la Veracruz, al cabo de muchos años, volvieron a edificar y asisten de presente, en el puerto de San Juan de Ulúa, que es donde se ha pasado la ciudad por su mejor comodo.

En pueblos de indios fundaron monasterios, luego al principio que vinieron en esta comarca de Mexico. El de Cuyuacan, Huaxtepec, Itzucan y Chimalhuacan; y después otras muchas. En la Mixteca y Tzapoteca, que es otra tierra, y de otros lenguajes y apartada de Mexico, fundaron en Yanhuitlan; y ahora están muy difusos y extendidos por aquella tierra, y es lo mejor que tienen al parecer, al menos en sumptuosidad de conventos e iglesias, y en tener a los indios más dóciles y obedientes que lo están los de esta comarca de Mexico. En el reino de Guatemala, que es parte desta

Nueva España, tienen otra provincia, la cual con esta de Mexico fundó el padre fray Domingo de Betanzos, en grande observancia, porque fue hombre austerísimo en el rigor de la penitencia, en su propria persona ejemplar y maestro de toda virtud; y por ser tal, se ocupó siempre en plantar su religión en la guarda de las costumbres y ceremonias santas en que había comenzado en el principio de su fundación, en tiempo de su padre Santo Domingo. Todos los compañeros que en aquel tiempo tuvo lo siguieron con grande celo y fervor; andando a pie y con hábitos pobres como sus hermanos, los frailes de San Francisco, y desto me dio muy larga y particular noticia el apostólico varón, fray Domingo de Salazar, que fue obispo de las Filipinas y murió electo arzobispo de ellas, varón santo, que con los demás andaba a pie y traía su capa al hombro; al cual vi, siendo obispo, remendar con sus manos consagradas una túnica vieja y diciéndole yo: ¿que por qué no la daba a otro que la cosiese?, me respondió: que en aquello lo habían criado y que no podía olvidar las buenas costumbres de su crianza.

Tampoco quisieron admitir rentas en aquellos tiempos, y duró esto por espacio de treinta años. Después los debió de compeler la necesidad a andar a caballo y tener rentas, como en toda su orden las tienen, para las necesidades forzosas del comer y vestuario y otros gastos de sacristía. Casi nunca entendió el padre Betanzos con los indios, ni supo su lengua; o porque como andaba tan ocupado en la fundación de su orden, no tenía lugar para darse a su estudio, o porque el día de la oración, en que siempre se ocupaba, le divertía della.

Y pues que hacemos memoria de los que la merecieron, por haber trabajado fiel y apostólicamente en la obra de la conversión de los indios, razón será que se haga de quien entre otros religiosos más que otro alguno trabajó y más hizo por su conservación y cristiandad. Éste fue el obispo de Chiapa, don fray Bartolomé de las Casas, desta orden del bienaventurado padre Santo Domingo, que aun antes de tomar el hábito desta orden, siendo clérigo en la isla de Santo Domingo, con cristiano y piadoso celo, comenzó a llorar delante la presencia divina y clamar delante de los reyes católicos, poco antes de su muerte y de don Carlos su nieto, felicísimo emperador, los grandes daños que recebían los indios naturales destas regiones; y después tomó el hábito en la provincia de Guatemala, donde aprovechó mucho en sus intentos. Y siendo obispo renunció su obispado por hacerse procurador de ellos (como muy largamente parece en su historia)[1] asistiendo, en la corte de sus majestades, por espacio de veinte y dos años, donde pasando mucha penuria, trabajos y contradiciones, siendo avisado por sus frailes y por los de mi orden de San Francisco, que asistían en estas provincias desta Nueva España, de las vejaciones y daños que se hacían a los indios recién convertidos, con su buena diligencia fue parte para que muchos se remediasen y, sobre todos, que se libertasen los que eran tenidos por esclavos y que no los hubiese de allí adelante entre los indios. Y sobre estas materias de su libertad y del buen tratamiento que

[1] Fr. Aug. Davil. lib. 1. de la Hist. de la Provincia de México.

se les debía hacer, y lo que nuestros reyes de Castilla están obligados en su defensa y amparo, compuso muchos tratados en latín y en romance, muy fundados en toda razón y derecho divino y humano, como hombre muy docto y leído en todas buenas letras. Tengo para mí (sin alguna duda) que es muy particular la gloria que goza en el cielo y honrosísima la corona de que está coronado, por el santísimo celo que con perseverancia hasta la muerte tuvo de padecer por amor de Dios, volviendo por los pobres y miserables, destituidos de toda ayuda y favor. Émulos hartos ha tenido, por haber dicho claramente las verdades. Plega a la majestad de Dios que ellos hayan alcanzado ante su divina presencia, alguna parte de lo mucho que él mereció y alcanzó, según la fe que tenemos.

Y concluyendo digo que por haberse extendido mucho esta provincia de Santiago, de los padres dominicos, la dividieron en dos, haciendo provincia de por sí la parte que llaman de Mixteca, la cual intitularon del Mártir San Hipólito, con que son tres las provincias que tienen en esta Nueva España.

CAPÍTULO XVIII. *De cómo se les dio a los indios de esta Nueva España doctrina, en su lengua, por nuestros frailes franciscos, para que mejor se informasen en las cosas de la cristiandad, y de cómo los discípulos de los religiosos comenzaron a predicar, diciendo las cosas que los ministros evangélicos les enseñaban*

PARA QUE UN CORAZÓN SEA ALUMBRADO y puesto en camino de perfeta claridad, dice el santo rey David, que es necesario llegarse a Dios. Llegaos a Dios (dice) y seréis alumbrados. El cual consejo tenían muy aprehendido estos varones apostólicos, y con él, y el fervor de su alma, oraban sin intermisión o intercadencia a la majestad de Dios, los alumbrase y concediese lenguaje para entender el balido destas ovejas que ya reconocían por suyas, para que como buenos pastores imitasen al rabadán Jesucristo, que se precia no sólo de saber pastorear su rebaño, sino también de conocerlo todo por su balido y de que ellos le conozcan a él por buenas obras y beneficios que les hace.

A esta petición acudió el clementísimo Dios, dándoles inteligencia y lengua a breves días, porque a medio año pasado de su llegada no sólo entendían a los que les hablaban, pero volvíanles a responder en lenguaje suficiente; y desta manera se comunicaban los unos con los otros. Y los benditos religiosos gozaban en sus almas desta merced que Dios les había comunicado. Los primeros que la supieron y salieron con ella fueron los padres fray Luis de Fuensalida y fray Francisco Ximénez, el cual después compuso arte en ella; y con esta inteligencia y con ayuda de los más hábiles de sus discípulos, que estaban ya muy informados en las cosas de la fe,